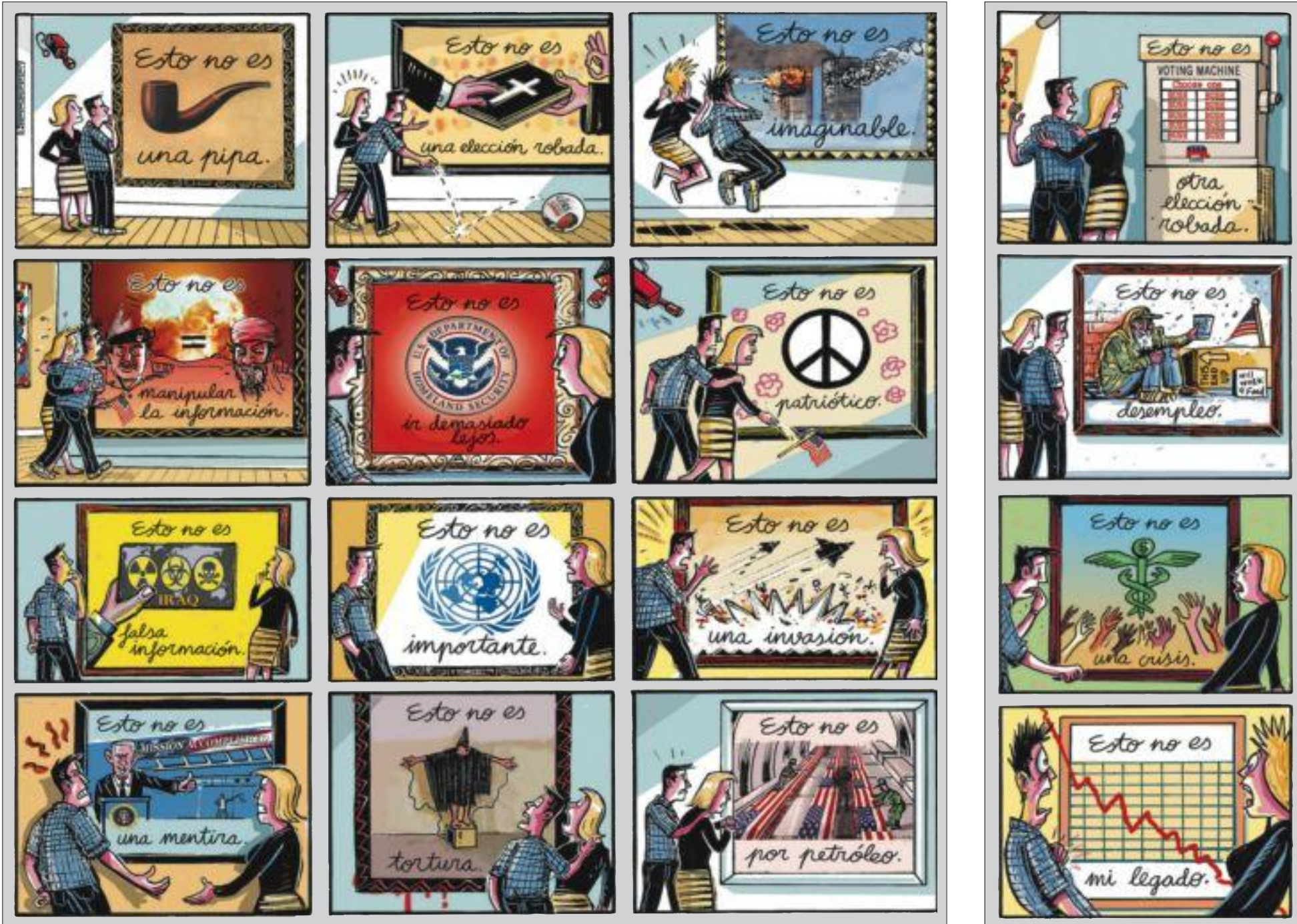


Esto no es un cómic.

UNA VISIÓN RETROSPECTIVA DE LA ADMINISTRACIÓN BUSH *



La batalla a través de las ideas

Los libros de Paul Krugman se basan en un concepto: la polarización política de Estados Unidos es fruto de las crecientes desigualdades económicas. El Nobel analiza en su última obra el fin de los *neocons*. Por Joaquín Estefanía

BILL CLINTON dejó la economía estadounidense, en la intersección de los dos siglos, con un crecimiento medio superior al 4% y superávit público. Las dos últimas legislaturas demócratas —básicamente la década de los noventa del siglo pasado— se caracterizaron por un incremento sin parangón de la riqueza, y dieron lugar al nacimiento de otro paradigma, la denominada nueva economía, que decía que se habían acabado los ciclos económicos. Todo ello motivado por la utilización masiva de las tecnologías de la información y la comunicación (lo relacionado con Internet y el planeta digital) y una flexibilización de las herramientas empresariales. Sin embargo, tanto desarrollo no sirvió para que se estrechasen las desigualdades en Estados Unidos, sino lo contrario, y éste es el único hilo conductor que coincide con lo que sucedería después, durante los ocho años de mandato de George W. Bush.

El apellido Bush, que desaparece ahora de la primera fila de la historia, no ha tenido suerte con la economía. Bush padre perdió las elecciones a favor de un semidesconocido Bill Clinton, después de haber vencido en la primera guerra de Irak, porque una pequeña e inoportuna recesión se coló en la campaña al grito de: "¡Es la economía, estúpido!". Y Bush hijo, después de haber tenido que superar las secuelas del estallido de la burbuja tecnológica, de los atentados del 11-S, y de

los escándalos corporativos que colocaron a Enron como su principal icono, deja la Casa Blanca como ya sabemos: EE UU al borde de la recesión, todos los desequilibrios macroeconómicos (inflación, déficit, deuda) manifestándose a la vez, e incrementándose espectacularmente las diferencias de la renta y la riqueza entre los ciudadanos.

El apellido Bush, que desaparece ahora de la primera fila de la historia, no ha tenido suerte con la economía

Desde el inicio del primer mandato del actual Bush hubo un economista que manifestó abiertamente sus críticas a la política económica *neocon*, que hacía su principal bandera de la economía de mercado sin interferencias y que se reivindicaba heredera directa de la revolución conservadora de Ronald Reagan y Margaret Thatcher: el nekeynesiano Paul Krugman, que acaba de recibir el Premio Nobel de Economía por sus traba-

jos científicos, pero que había brillado en el planeta de la influencia no sólo por los mismos sino por su asombrosa capacidad de divulgación, manifestada en sus artículos semanales en *The New York Times* (que en España publica EL PAÍS) y por sus libros. En los últimos años ha publicado al menos tres de ellos. En *El gran engaño. Ineficacia y deshonestidad: Estados Unidos ante el siglo XXI* —una crónica de la primera legislatura de Bush— resume lo que ha pasado desde que la Administración Clinton cesase: caída de las Bolsas, escándalos empresariales, crisis energética, retroceso del medio ambiente, dos millones de nuevos parados, los *déficits gemelos* (exterior y público), recesión, terrorismo, etcétera. Krugman se asombra entonces de que la principal política económica de Bush consista en bajar los impuestos a los más ricos (con el pretexto de que son los que más invierten) en medio de dos guerras. Lo contrario de lo que decía el sentido común e incluso cualquier ortodoxia económica. Según nuestro economista, la secuencia que los *neocons* pretendían instalar tenía un cariz ideológico: rebajar los ingresos públicos, subir el déficit ("el déficit no importa", declaró el vicepresidente Dick Cheney), y aumentar al tiempo los gastos de seguridad y defensa. Cuando la situación se hiciese insostenible, la solución era cristalina: reducir los gastos sociales, lo que significaba acabar con el pequeño *welfare* estadounidense

que, a su entender, es un freno a la eficacia del sistema.

No todo el Partido Republicano pensaba igual. Las anteriores no son las señas de identidad tradicionales de los republicanos (por ejemplo, no lo fueron de la Administración Nixon) sino de un pequeño grupo, muy ideologizado, con raíces en la extrema derecha religiosa y en los institutos de pensamiento fundamentalistas más relacionados con la Escuela de Chicago, que se ha apoderado de la dirección del mismo: los *neocons*. Ésta es la principal tesis del último libro de Krugman, *Después de Bush*, que subtitula *El fin de los neocons y la hora de los demócratas*. En él se demuestra que la polarización política es consecuencia de la desigualdad económica, lo que explicaría en buena parte el desarrollo de la actual campaña electoral. El hoy Nobel de Economía apostó en principio por Hillary Clinton como la mejor candidata demócrata a la Casa Blanca, por ser la más coherente para aplicar la política que según él debía seguir el país (el libro está escrito antes de que estallase la crisis financiera y económica): completar la obra del *New Deal* rooseveltiano, incluyendo una expansión del seguro social que cubriera riesgos evitables cuya relevancia se ha hecho incommensurablemente mayor durante las últimas décadas.

En el año 1999, Krugman escribió otro libro, cuyo título puede resultar premonitorio estos días: *El retorno de la economía de la*

La línea del color

Por Mireia Sentís

EN 1999, UN AMIGO me preguntó: “¿Por qué te interesa tanto la cuestión negro-blanco, cuando es muy probable que tengamos antes un presidente negro que uno judío, y hasta una mujer antes que un judío?”. No consideré entonces que mi amigo, judío norteamericano, tuviera una percepción tan clara de la realidad.

Cuando empezó la rivalidad entre Barack Obama y Hillary Clinton por la candidatura demócrata, las cosas eran diferentes. Sí, había crisis: una guerra en curso y otra pendiente, una batalla contra el terrorismo, la peor seguridad social de un país desarrollado, un potencialmente devastador cambio climático y una economía nada brillante. Pero no había llegado el *crash*. ¿Era previsible que Obama obtuviese la candidatura demócrata ante una profesional de la talla de Clinton? El solo hecho de que se presentasen dos anomalías (negro, mujer) era suficiente para comprender que lo que en Estados Unidos se estaba debatiendo, quizá por primera vez, no era tanto qué debía hacerse en el terreno práctico para liderar la nación, sino la propia definición de los norteamericanos sobre sí mismos. En ese repaso a la identidad, Hillary representaba a la generación de los *babyboomers*, que aún tenía la guerra de Vietnam en la cabeza, había presenciado la lucha por los derechos civiles y conocido el racismo expresado en la consigna “iguales, pero separados”; la época en que ser mulato era una experiencia casi trágica, como recoge toda una tradición literaria; la época, en fin, definida, más incluso que por el feminismo, que había estado mucho más vivo durante la generación anterior, por la alternativa negro-blanco. Ya lo predijo uno de los ensayistas más relevantes de la cultura afroamericana, nacido en 1868, W. E. B. Du Bois, primer graduado negro por la Universidad de Harvard: el problema del siglo XX sería *the color line*: la línea del color.

Clinton, que en un principio parecía candidata sin rival, es heredera, quiera o no, de la primera mitad del siglo XX: de las reivindicaciones negras y de la culpabilidad blanca, de los asesinatos de líderes liberales de ambos colores, del enfrentamiento civil entre americanos a partir de la derrota de Vietnam, primera guerra perdida en la historia del país. Y en ese momento, pese a todo, no cabía duda de que Washington llevaba las riendas del mundo. Obama, como el recién estrenado siglo XXI, responde a coordenadas diferentes: ni la hegemonía estadounidense es indiscutible, ni la cuestión negro-blanco ocupa ya los primeros planos.

En Norteamérica, la etnia que crece con mayor rapidez no es la blanca ni la negra, sino la *brown*, la marrón, la que antes no contaba, la que habla dos lenguas, la que profesa mayoritariamente el catolicismo, la que llega sin haber sido obligada y conforma la emergente clase media. Los hispanos han transformado la demografía, el cromatismo y las necesidades sociales. Y Obama, a pesar de estar clasificado como negro, ha compartido el mismo peregrinaje que ellos: su padre estudió voluntariamente en Norteamérica y regresó más tarde a su tierra; se ha criado entre distintas comunidades, religiones, lenguas y epidermis; y sabe que la asimilación (a la cultura anglo, se entiende) no es deseada por la enorme diversidad de gentes estadounidenses que, con orgullo, quieren conservar sus signos de identidad.

Obama comprende que Norteamérica tendrá que compartir su liderazgo. Eso quiere decir cambiar su manera de relacionarse, no sólo con las demás naciones, sino a nivel interno. “Somos más que la suma de las partes de este país”, dijo en su discurso de marzo en Filadelfia, donde salió valientemente al encuentro del problema racial y le dio la vuelta para exponer la necesidad de resolver todos juntos los problemas “monumentales” a los que se enfrentan, en lugar de perder el tiempo en discusiones superadas históricamente. “Esta vez el cambio no vendrá de Washington; el cambio llegará hasta Washington”. Con

esta frase, pronunciada en su discurso de aceptación como candidato demócrata, Obama confirmó lo que ya sabían sus votantes: que Hillary, rehén aún de la llamada “sociedad del miedo”, representaba la primera opción; él, plenamente confiado en el diálogo, la segunda. Un diálogo que incluye las culturas vinculadas, en la imaginación colectiva, con ese miedo. Obama está preparado para hacerlo, porque esas culturas no le son ajenas.

¿Y qué papel ha jugado en el éxito de Obama el hecho de estar casado con una mujer negra? Hay ciudadanos blancos que no se consideran racistas y que, sin embargo, no verían con buenos ojos que uno de sus hijos contrajese matrimonio con una persona de color. Obama les ha ahorrado a esos ciudadanos algo que preferirían no ver: un matrimonio mixto. Frente a los afroamericanos, el senador por Illinois ha subrayado su mitad negra con toda naturalidad. Y entre las mujeres afroamericanas, Michelle, fuerte, inteligente y atractiva, liberada y madre de familia, transmite un mensaje largamente esperado. La imagen de la mujer negra alcanza oficialmente la igualdad.

Algunos intelectuales negro-norteamericanos se preguntan con sarcasmo: ¿No hemos sido siempre un tablón de salvación para Norteamérica? ¿No se erigió este continente en primera potencia mundial gracias al algodón recogido por los esclavos africanos? ¿No fueron sus descendientes quienes mantuvieron en funcionamiento

Lo que se ha estado debatiendo en la campaña es la propia definición de los norteamericanos sobre sí mismos

las fábricas del Norte (Detroit, Chicago...) cuando los obreros blancos partieron hacia la Segunda Guerra Mundial, y quienes sufrieron despidos masivos a su regreso? ¿No hemos nutrido desde entonces las filas del ejército estadounidense? ¿No resulta significativo que cuando este país está dejando de ser punta de lanza, surja la posibilidad de que su presidente sea negro? ¿Y si ese presidente no mejora la situación, no volveremos a la conocida práctica del *blaming it on the nigger*: echar la culpa al negrato?

En Europa sabemos de esta práctica. Echar la culpa a los judíos no es un suceso lejano en nuestra historia. Y mi amigo americano, al afirmar que antes tendrían como presidente a un negro que a un judío, no ignoraba el hecho de que toda la tradición cristiana ha tendido a ser antisemita. “La cuestión”, comenta el filósofo afroamericano Cornel West, “se remonta a cuando los judíos fueron tratados como deicidas, y esta creencia forma parte consustancial de la emergencia del cristianismo. Cuando la cristiandad se extendió por Europa, la culpabilización judía fue en aumento. Y, como se sabe, la cristiandad llega a América a través de Europa. América es protestante. Blanca o negra, pero protestante”. La única excepción, el católico Kennedy, era de ascendencia marcadamente anglosajona.

Sea Obama elegido presidente o no, nunca antes había llegado tan lejos alguien que no fuese anglo. Sin embargo, no olvidemos que hay todavía Estados de la Unión en los que se organizan protestas callejeras ante la posibilidad de ser liderados por alguien de origen no ario. •

Mireia Sentís es autora de *En el pico del águila. Una introducción a la cultura afroamericana* (Ardora Ediciones, 1998).

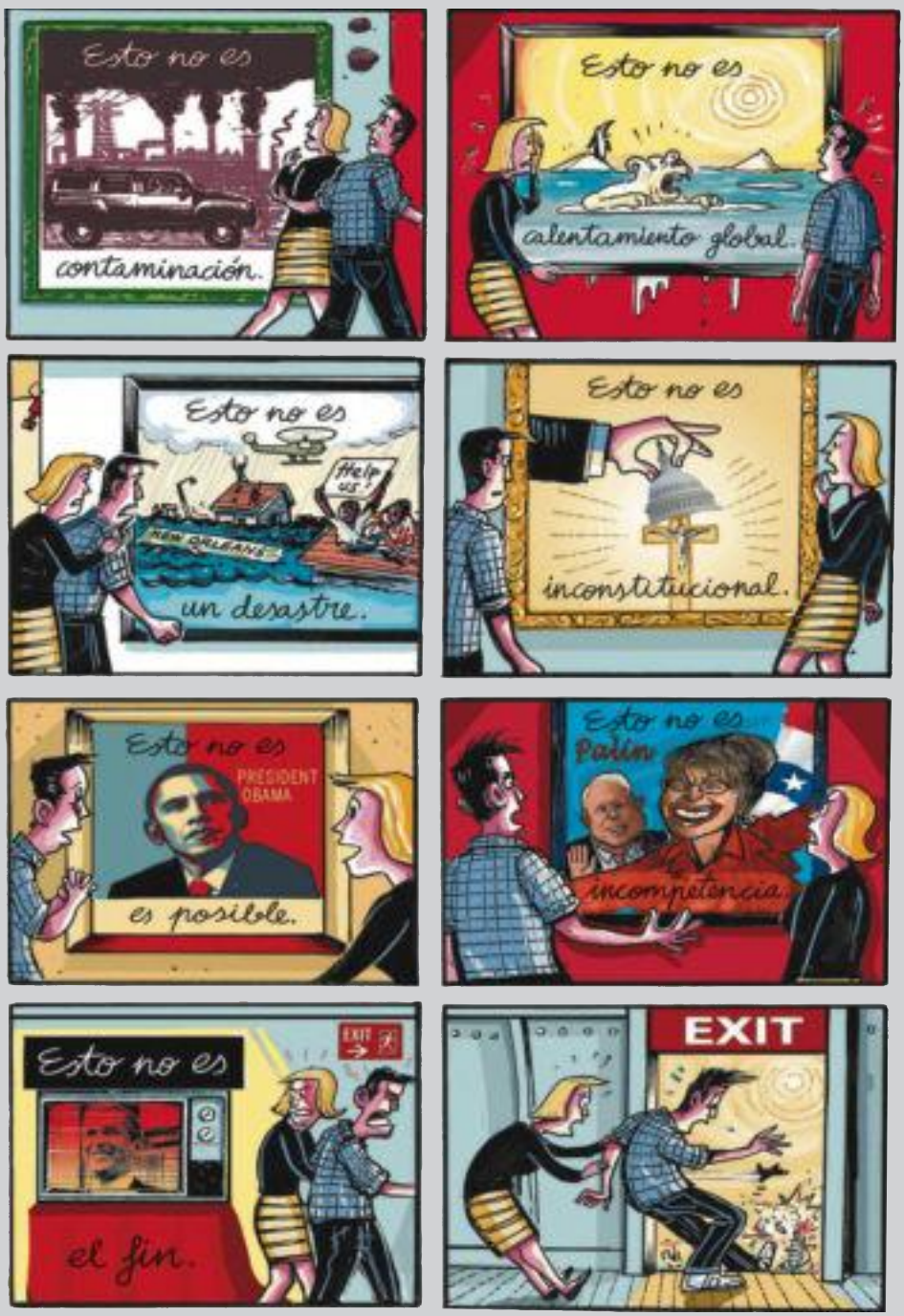


Ilustración del dibujante estadounidense Peter Kuper (1958) sobre los años de la Administración Bush. Kuper es autor de varias adaptaciones de obras de Franz Kafka, entre ellas *La metamorfosis* (Astiberri, 2007), y su autobiografía *No te olvides de recordar* (Astiberri, 2008) saldrá a la venta en España el próximo viernes día 7. www.peterkuper.com

depression. En él abordaba los efectos de la primera crisis económica de la globalización: la que comenzó en el verano de 1997 en Tailandia, con la devaluación de su moneda, que se extendió primero por el conjunto de Asia, luego a Rusia y a América Latina, y finalmente al resto del planeta. Decía entonces que la economía mundial no se

bullantes por temor a los especuladores monetarios; que un país avanzado podría verse con persistencia incapaz de generar el gasto suficiente para mantener el empleo de sus trabajadores y de sus fábricas; que incluso la Reserva Federal se preocuparía por su capacidad para contener un pánico del mercado financiero. La economía mundial, concluye, se ha convertido en un lugar mucho más peligroso de lo que imaginábamos. Este texto, publicado hace una década, está siendo reescrito ahora por Krugman, a la luz de la experiencia presente, que multiplica por cien lo acontecido antaño.

En 1930, John Maynard Keynes escribió que “nos hemos metido en un desorden colosal, cometiendo errores garrafales en el control de una máquina delicada, cuyo funcionamiento no entendemos”. La batalla que ha dado Krugman consiste precisamente en ello: para compartir un pronóstico de las dificultades y actuar en consecuencia, hay que comprender antes lo que está pasando. En ello ha sido un verdadero maestro. •

Después de Bush. El fin de los neocons y la hora de los demócratas. Traducción de Francesc Fernández. Crítica. Barcelona, 2008, 326 páginas. 29 euros. *El gran engaño. Ineficacia y deshonestidad: Estados Unidos ante el siglo XXI*. Traducción de Isabel Campos Agradados. Crítica. Barcelona, 2004. *El retorno de la economía de la depresión*. Traducción de Jordi Pascual. Crítica. Barcelona, 2000.

‘El retorno de la economía de la depresión’, publicado hace una década, está siendo reescrito ahora por Krugman

encontraba en depresión y que probablemente tampoco experimentaría ninguna depresión en el corto plazo. Pero que la economía de la depresión —los tipos de problemas que caracterizaron buena parte de la economía mundial en los años treinta del siglo pasado— se había instalado de forma pasmosa: hasta hace poco era difícil que alguien pensara que los países modernos se verían obligados a soportar recesiones apa-